

LA TARDE

Año II

Lorca 9 de Enero de 1906

Núm. 153

DE ACTUALIDAD

CONCURSO EFICAZ

Aquí, donde los más consecuentes se cansan pronto de serlo, vamos á terminar nosotros por ser una excepción de la regla.

La falta de fe ó la sobra de acomodamiento, de los que en épocas distintas hicieron en Lorca verdaderas campañas de oposición contra la inmoralidad administrativa y en defensa de los intereses del pueblo, hizo que nuestros prohombres fueran á gusto y sin grandes sobresaltos ni temores, exprimiendo cada día más y con más descaro, la untuosa ubérrima libre, de la que hoy apenas extraen algún pequeño sorbo que no basta á remojar las fauces, sedientas de jugoso líquido.

En otros tiempos, poniendo en práctica aquello de: *Se tapa sin dilación, toda boca que amenaza, la del fuerte con mordaza, la del débil con turrón*, á todos los medios apélose para tapar las bocas; y tapadas fueron y tapadas continúan;— las de aquellos— pues cuando alguna vez han intentado decir esta boca es mía, pronto la boca se ha convertido en... otra cosa; y á callar se ha dicho.

Con nosotros perdieron siempre el tiempo; donde estábamos estamos, y á fuerza de paciencia y constancia, abriendo brecha vamos por el enmarañado matorral, á trueque de conquistar entre nuestros prohombres, vividores y explotadores de la cosa pública, fama de *pesados*, ya que otra no nos puedan dar con gran disgusto de ellos.

Pues bien; dejando que con su pan se lo coman, los *prácticos* que hoy están de un lado y mañana de otro, y con todos viven, sigamos firmes en nuestros propósitos defendiendo el país, y los intereses generales del mismo, aun que vivan en perpétuo sobresalto sus explotadores, pues de este modo, conseguiremos que por lo menos les resulte un poquito amargo el turrón, que á gloria supo otras veces.

No podemos quejarnos del resultado de nuestra labor, que si pesada es en realidad, sus frutos va-

dando y esa es nuestra mayor satisfacción. Hasta el mismo señor Alcalde, se inclina de nuestro bando, es decir, del bando de la justicia; y para que todo el mundo lo oyera, decía en la última sesión:—Cuatro mil pesetas hay en caja; yo no doy un cuarto sin el permiso, es decir, sin que lo acuerden los concejales; y aquí no hay mayoría—decía á continuación, contestando á los acertados razonamientos del señor Vizconde de Huerta—la mayoría será del que mejor criterio sustente. Ya lo ve el país—esto lo decimos nosotros—el Alcalde tiene buenos propósitos. Dice lo que hay en caja; dice que no autorizará un pago sin el acuerdo del Municipio; dice que quiere ser justo. Es decir, que pida dinero quien lo pida, no dará un cuarto; si tan laudables propósitos los lleva á la práctica el Sr. Campoy, merecerá bien del país; y á éste le tendrá sin cuidado todo lo demás; ¡hasta la combinación de Gobernadores que incubaba el Sr. Romanones, sin consultar al ministro de la Gobernación! así es, que venga á Murcia el que venga, al país lo puede tener sin cuidado.

Pero en fin, ya veremos lo que dan de sí los ofrecimientos del Alcalde y la firmeza de sus propósitos; por lo pronto, quiere que tomen nota de que el día cinco de Enero, había cuatro mil pesetas en la caja municipal, y que no se dá un cuarto, *pidalo quien lo pida*, sin acuerdo del Ayuntamiento.

Y dejando que el tiempo nos diga lo que ignoramos, ocupémonos de lo que sabemos.

Pues sabemos, que el señor don José Manuel Terrer, jefe de la minoría conservadora en el Ayuntamiento, prometió su concurso y el de sus amigos, en la sesión del primero de Enero, para facilitar la gestión municipal del señor Alcalde; y, efectivamente; los conservadores que viven ofreciendo eternamente y no dando jamás nada; los conservadores, únicos responsables del estado de miseria porque atraviesa el Municipio; los que acabo llevaron el arriendo de consumos, funesto á los intereses del país hasta un grado inconcebible aun cuando sea todo lo contrario para los que

lo llevaron á efecto; los que han administrado los intereses públicos, como los señores Mellado (don Simón) y Terrer (don José Manuel) administraciones que ocasionaron los más grandes escándalos que se pueden dar en Carcabuey; los que nos hicieron tragar la píldora con *la famosa liquidación* de las no menos famosas láminas del 8 por 100; los de la célebre inundación de Junio del año 1900; los... (siguen las firmas) esos, no han vuelto á las sesiones apesar de ofrecer hacerlo.

Ya comprendemos, por qué decía el señor Terrer con voz tonante, en la primera sesión del año;— ¡Aquí no se puede tratar asunto ninguno ageno á la Constitución del Ayuntamiento! ¡Lo prohíbe terminantemente la ley!—Y aún cuando parecía molesto porque se faltase á la ley y por ello protestaba, no había tales carneros; lo que quería decir era: ¿Pues no comprenden ustedes que si en esta ocasión se pudiese tratar de todo, no hubiese yo venido?

Porque el que falta á esa cacareada ley, no yendo al Municipio, no puede molestarle el que otros falten.

Son otras las que se cantan y ya las cantaremos.

DE AQUÍ Y DE ALLÁ

Cuando el rey godó Alarico murió combatiendo en el Sur de Italia, sus tropas practicaron en un río trabajos de canalización, desviaron el curso de la corriente y enterraron en el cauce el cuerpo del rey, juntamente con inmensos tesoros. Después volvieron á encauzar el río, sin que nada indicase el sitio del enterramiento.

De estos dos reyes, por consiguiente, puede decirse, como de Moisés, que ningún hombre puede ahora saber dónde está su sepultura.

Para devolver á los objetos nikelados su brillo, hay que sumergir los objetos durante unos cuantos segundos nada más en un baño com-

puesto de una parte de ácido sulfúrico y 50 partes de alcohol; en seguida se les lava con agua fría y se les frota con alcohol, y por último, se les seca completamente con una tela de hilo. Este procedimiento se emplea, principalmente, para limpiar objetos de níquel en los cuales no es posible emplear los sistemas ordinarios de limpieza, porque se estropean.

DE COLABORACIÓN ESPECIAL

Redentor sin redención

Un trabajo superior á la debilidad de mi organismo, habíame forzado á recojerme al reposo, noches pasadas, en una hora temprana. Siguiendo una costumbre que en mí ha llegado á convertirse en hábito, leía en mi pobre camastro de bohío, las obras del filósofo favorito de mis ideales; y esa noche, leyendo la «Conquista del pan», desfilaban ante mis ojos soñolientos las narraciones impregnadas de dolor, que en sus páginas, maestras, cuando señalan á la humanidad derroteros nuevos hacia ideales redentores, y copias verídicas llenas de calor y vida, cuando á manera de gigantesco Kaleidóscopo, hace desfilartallando todos los horrores de una sociedad decrepita, degenerada, rindiendo culto al mito Bíblico; al Becerro de Oro.

Yo había leído la crítica de las sociedades pasadas, y me explicaba el dolor, consecuencia natural de la lucha por la existencia, lucha titánica en las sociedades primitivas, donde el hombre con conocimientos rudimentarios, huérfano de las ventajas de la civilización, tenía que multiplicar sus esfuerzos para vencer á las fieras á la par que á los elementos de la naturaleza. En ese estado primitivo yo encontraba explicado que existiera el dolor. Obligado el hombre á vagar errante por el mundo en busca de las comarcas más propicias para satisfacer sus necesidades, la ley de la conservación individual me explicaba que el fuerte aplastara al débil, y más adelante, cuando el hombre en la dura escuela de la necesidad, hubo apren-